

La decisión de Fermín

Hasier Etxeberria

Sin contar gatos, pájaros ni perros, entre todos los animales que Fermín el granjero tiene en su granja, —vacas, cerdos, patos, cerdos, cabras, conejos...—, son las gallinas quienes más felicidad le dan siempre. Muchas veces, Fermín pasa horas enteras sin poder apartar la vista de sus hermosas gallinas, distraído del todo, hasta que alguien le interrumpe diciendo que no es muy normal pasarse la vida entera tal y como la pasa él, admirando animales tan simples y sucios como las gallinas. Otros le dicen que sería comprensible verlo así de hipnotizado y alelado por causa de algún otro animal de compañía más normal, como un perro, un gato, una tortuga o, incluso, un periquito enjaulado. Los amigos le dicen que su afición tan exagerada por las gallinas no es del todo corriente, que es enfermiza, y que mejor haría vendiéndolas todas, o, mejor aún, regalándoselas a las monjitas del vecino convento.

—Un día te las secuestraremos todas sin que te des cuenta y haremos un buen caldo con ellas —le dicen a veces sus amigos para que rabie—. Y también haremos un hermoso colchón con sus plumas.

Pero es en vano. Ya ni se enfada cuando se lo dicen. Antes, cuando alguien se atrevía a decir delante de él que la gallina es, de por sí, un animal repugnante, Fermín se encendía como una tea y se lanzaba a la discusión como si de una piscina llena se tratara. Ahora ni se inmuta. Se limita a sonreír y decir entre dientes:

—Ya, ya, ¡qué sabrán estos pollos de gallinas!

Sí, todo el mundo lo sabe: a Fermín le gustan con locura las gallinas. Le encantan. No lo oculta. Es un apasionado. Siempre le han gustado. Por eso nunca viaja. No podría alejarse de su granja, o pasar una noche sin saber que sus queridas compañeras están cerca. En una ocasión que faltó dos días enteros por haber acudido a la boda de un primo suyo en la capital, no fue capaz de disfrutar de nada, ni de la boda, ni de la capital. Y eso que había dejado al cuidado del gallinero al único amigo en el que confiaba: José Luis, el psicólogo, el mismo que tantas veces le dice que debería tomarse unas vacaciones e ir al extranjero para cambiar de aires y ver un poco de mundo.

En el tiempo que duró la boda y se alojó en casa de sus parientes, estuvo continuamente inquieto. Notaba que le faltaba algo y que la vista no se le relajaba sobre ninguna persona ni cosa. Miraba a todas partes nerviosamente sin pensar siquiera en lo que buscaba con los ojos. Los parientes lo observaban, preocupados.

—Estate tranquilo, primo —le dijo el recién casado—, y disfruta de la fiesta.

Pero no hubo forma. Sólo cuando regresó a su granja y vació medio saco de maíz a sus amigas, pudo recuperar el equilibrio que toda persona necesita para no volverse del todo loca.

Desde entonces, Fermín no ha vuelto a abandonar la granja, pero sabe que su amigo el psicólogo tiene fama de ser

muy buen profesional, y que si le dice que debe tomarse un respiro y alejarse de las gallinas por un tiempo, ha de ser por algún motivo serio. Sabe también que lo que se dice de él por ahí es del todo falso, aunque debe reconocer que sí, que es cierto que le asusta un poco alejarse más de lo debido de sus queridas amigas. Y eso que, puestos a pensar, con la tecnología actual, con los comederos automáticos y el sistema de goteo que tiene instalados en el gallinero, por un tiempo podrían arreglárselas perfectamente sin él. Sus amigos, o el tío Alejandro cuidarían encantados de ellas. Es una posibilidad que, por si acaso, no debería descartar en un futuro.

Sí, a Fermín, de las gallinas le gusta todo, y por encima de las demás cosas, los andares tan graciosos que tienen. Eso es lo que siempre le ha hecho más gracia de las gallinas: esa manera tan propiamente gallinácea de caminar, ese paso interrumpido y a plazos, parecido al desfilar de los soldados de la reina de Inglaterra, o al de los granaderos de la Guardia Turca. A Fermín le encanta observar cómo sus gallinas se mueven en el prado, cómo picotean en el camino, cómo rebuscan lombrices y semillas con sus patas, y cómo extienden y encogen a golpes telescópicos el cuello emplumado para conseguir tragar las piedrecitas que eligen con esmero.

Cuando un automóvil pasa y levanta polvareda en el camino de la granja, o cuando algún autobús o taxi trae o lleva a alguien del convento, Fermín se extasia viendo huir precipitadamente a las



ALBERTO ÁLVAREZ PEÑA.

gallinas, con esa costumbre tan graciosa y tan suya que tienen de echar el cuerpo a un lado y otro alternativamente, como si quisieran aprovechar la inercia de la

caída, ahora a un lado, ahora al otro, para ir a más velocidad. Cuando una gallina corre, no hay manera de decidir si es grácil o torpe del todo. Fermín, en mo-

mentos como ése, ha llegado a llorar de felicidad. Extasiado.

Y no digamos nada del cacareo: para él no existe música mejor ni sinfonía tan



ALBERTO ÁLVAREZ PEÑA.

agradable como el cacareo interminable de las gallinas, roto, de vez en cuando, por el quiquiriquí del gallo de turno. Es el *summum*.

La gallina es, para Fermín, el animal más perfecto que existe, un verdadero fenómeno de la naturaleza. Y tal como ha quedado expuesto, no sólo por causa de los hermosos huevos que ponen (que también, porque, ¿quién es el tonto o la tonta a quien no maravilla un huevo?). Lo de la cáscara, la clara y la yema, con su pequeña burbuja de aire incluida, es uno de los espectáculos más redondos que se pueden encontrar en la naturaleza. Y un gran misterio, como es bien sabido. Porque, ¿quién es el listo o la lista que se atreve a responder a la vieja pregunta sobre lo que iba primero, si la gallina o el huevo?

Es, en verdad, un misterio enorme que ni los grandes filósofos escolásticos han podido jamás responder definitivamente.

Fermín ha pensado muchas veces en ello. Por lo visto está relacionado incluso con problemas más graves que conciernen al Universo entero. La del huevo y la gallina es una pregunta importante como pocas, y responderla ayudaría mucho a comprender el origen de la vida y de todas las cosas que existen. Fermín está convencido de ello. Todo el mundo se ha parado alguna vez a pensar en la pregunta, todo quisque se la ha planteado, pero nadie ha sido capaz de responderla todavía. Es por eso uno de los mayores misterios e incógnitas: ¿qué fue primero, la gallina o el huevo?

A Fermín, que lo ha leído todo sobre las gallinas, le gusta recordar que en África, más concretamente en Burkina Faso, viven los mossi, una gente que se toma la vida con filosofía a pesar de que, seguramente, no han oído hablar nunca de Aristóteles ni de Silesio. Se sabe que los miembros de esa tribu piensan, y con

razón, que si el huevo está en la gallina, también la gallina ha de estar forzosamente en el huevo, y de ese modo zanzan, de una vez por todas, la difícil cuestión.

Además, entre los mossi, quien roba un huevo recibe el mismo castigo que quien roba una gallina, puesto que al robar un huevo para sí, priva a toda la comunidad de la posibilidad de comer una gallina. Aunque, a decir verdad, la peor parte se la llevan las almas de los antepasados, ya que, siguiendo la tradición, cada vez que se sacrifica un ave, hay que ofrecérsela a ellas previamente. Por eso, cada vez que alguien come un huevo, los espíritus se quedan sin ofrenda y sin nada de nada.

Para los mossi, quien roba y come un huevo, comete en verdad un delito muy grave pues, además de todo lo dicho hasta ahora, un huevo del que no nace la cría, rompe un ciclo biológico y altera el orden natural de las cosas.

Tras reflexionar por millonésima vez sobre el huevo y la gallina de los mossi, para Fermín finalmente llega la hora de tomar una determinación: va a hacer caso a su amigo, yéndose una temporada larga de vacaciones.

Cuando su amigo José Luis y el tío Alejandro acuden a su llamada, se alegran de la decisión que Fermín ha tomado. Le preguntan adónde piensa ir, y Fermín responde que a dónde diablos esperan que vaya a ir de no ser al lugar con el que siempre ha soñado, a África. Que para una vez que se decide, no va a ser para ir a Torreldones.

—Eso está muy bien, Fermín —le responde el tío Alejandro—. En África podrás ver la sabana y animales salvajes en semilibertad todavía: elefantes, cebras y, si te descuidas, hasta leones. A ti siempre te han gustado mucho los animales.

—Pero ¿cómo te las arreglarás allí si no sabes hablar ni una palabra de inglés ni francés? —pregunta el amigo psicólogo.

—No me preocupa mucho. Ya me las arreglaré. Hay buena gente en todas partes —responde Fermín.

En el gallinero, cuando por undécima vez da las últimas instrucciones para el perfecto cuidado de sus amigas las gallinas, se le escapa una pregunta:

—¿Creéis que habrá algún aeropuerto en Uagadugú, la capital de Burkina Faso?